



Tres apuntes sobre una “Entrevista a Lyotard” 20 años después de ser realizada.

Simón Royo Hernández

1. Del peligro de un pasaje al neoconservadurismo en la postmodernidad.

Lyotard señala que “Discurso y Figura” fue su trabajo de *duelo* tras la derrota, después de veinte años de militancia marxista, pero convendría hacer notar que el “postmarxismo” no es la renuncia a la denuncia de la mercantilización de todo lo existente, que Lyotard siguió manteniendo y no significó, al menos en su caso, pasar a abrazar la causa del capitalismo triunfante.

El que es España el libro “Discurso y Figura” fuese traducido por Federico Jiménez Losantos nos puede servir de aviso y señal hacia ese fenómeno sociológico consistente en la arribada en masa de antiguos marxistas, ahora exmarxistas, al neoconservadurismo neoliberal más duro de nuestro tiempo, tránsito del que se deriva su animadversión visceral hacia todo lo que defendieron en su juventud, su venganza contra el socialismo, el anarquismo y el comunismo, y su arrogante y bienpagada militancia pro-capitalista. Además de Losantos (que utilizó a Lyotard de puente desde el marxismo al neoliberalismo), también Gustavo Bueno (aunque éste jamás leyó a ningún pensador de los englobados en la postmodernidad) o Gabriel Albiac (que pasó por Deleuze y Guattari de la mano de Tony Negri para su travesía y deriva reaccionaria) son buena muestra de ello en España. Como David Horowitz en los Estados Unidos o André Glucksmann en Francia e incluso el último Foucault, con su neoliberalismo de última hora a través de su recomendación de la lectura de Hayek y de la egotista conceptualización del “cuidado de sí”; un Foucault que permitirá un tránsito ideológico semejante, haciendo olvidar su segundo período, cuando Foucault trabajó sobre los Hospitales y las cárceles inspirado por la lectura del Libro II de *El Capital* de Marx, -como el propio filósofo declaró en más de una ocasión.

A este respecto me parece urgente el que se lleve a cabo el trabajo de distinguir entre una postmodernidad de izquierdas y una postmodernidad de derechas (pues algo parecido pasa con ese movimiento como lo que ocurrió con Hegel en tiempos del joven Marx, cuando se materializó una izquierda y una derecha hegelianas). La pretensión de no tomar partido de la filosofía moderna, la pretensión de no ser ni de izquierdas ni de derechas sino guiarse completamente por la Razón, no sólo es uno de los sueños caducos de la misma sino que es el signo y la marca que deja la modernidad cuando engendra sus nuevos monstruos. Ya Gianni Vattimo tuvo el valor de distinguir entre una izquierda y una derecha heideggerianas situándose a sí mismo entre los primeros y a Emmanuel Levinas entre los segundos. Pero la continuación de ese trabajo no ha sido realizada por nadie. El primer paso de esa tarea ha sido nuestro libro “Ética de las verdades” y así lo hicimos constar, también como aquí, en las Entrevistas que contiene.

Quizás habrá entonces que revisar y mejorar la cartografía y el mapa de los pensadores contemporáneos en relación a la política y la ideología, evaluar bien si son de izquierdas o de derechas, pero la necesidad de tal discriminación no se puede negar ya hoy.

2. Melancolía vs. Alegría: el camino para una *separación* del Nihilismo.

Por otra parte y volviendo al texto, Lyotard dice en la Entrevista que Platón es melancólico mientras que Aristóteles es alegre, pero se olvida quizás de la ironía platónica y su jovialidad de comedia aristofanea así como del escrito aristotélico “Sobre el genio y la melancolía” con el que pudiera corregirse semejante afirmación, ya que opone con demasiada vehemencia, esto es, dialécticamente, melancolía y alegría, (error dialéctico de la postdialéctica en que se incurre, también, a mi modesto juicio, cuando se dicotomiza binariamente lo masculino y lo femenino dentro de los estudios de género).

Según la exposición de Lyotard en las líneas que nos ocupan la *melancolía*, ese malestar en la cultura Moderna, vendría acompañando al Nihilismo como depresión colectiva, sería una patología propia del *pathos* de la nostalgia del infinito o de lo Absoluto sinónimos de la totalización. Un pensamiento de la alegría, tematizado ya por Nietzsche estaría aún por llegar, un aprender a reír después de haberlo olvidado y es el terreno de la plenitud Estética, dejando de lado la corrupción política, el que serviría de tránsito y travesía de ese desierto nihilista. Sólo mediante una terapia sublime de la belleza, acabaría ésta algún día de dejar de estar unida a lo triste y a lo siniestro, recuperándose con ello otra dimensión del tiempo-espacio que la Modernidad habría olvidado y relegado por completo.

En esta dirección, bajo un prisma en el que se podrían interpretar las respuestas de Lyotard 20 años después de la Entrevista que le hiciese Teresa Oñate, analizando las respuestas que no han perdido un ápice de su vigencia, como si el tiempo estuviese estático y sincrónico en ese lugar. En este punto se podría quizá localizar y perseguir la tarea del propio pensar de Teresa Oñate, esto es, tanto la ruptura de la concepción lineal del tiempo mediante el recuerdo y la rememoración (*anámnesis*, *Andenken*) de la distinción entre el *tiempo de la intensidad* (donde la infinitud no implica extensión sino profundidad y lo ilimitado puede habitar sin *hybris*) y el *tiempo de la extensión* (propio de la voluntad de voluntad del nihilismo metafísico-capitalista al que hay que poner límites so pena de que lo devore todo). La comprensión de algo como lo antecedente, entre otros muchos hallazgos, establece una ligazón entre Marx y Heidegger, saltándonos la crítica del segundo a la *Tesis 11 sobre Feuerbach* y alumbra el camino ya abierto antaño pero dejado sin prosecución por Felipe Martínez Marzoa, al realizar su análisis heideggeriano de la Ontología de “El Capital”. La comprensión de que el “tiempo contable” del valor de cambio se contraponga un “tiempo incontable” de valor de uso en donde queda manifiesto algo tan simple como que la cantidad no es lo mismo que la cualidad nos tendría que haber situado -y de algún modo lo ha hecho ya, aquí y ahora- en una nueva epocalidad (lo que sería tanto como en el momento inicial de la separación del nihilismo). La objeción principal que se hace aquí a menudo consiste en indicar que nada parece mermada la Metafísica y el Capitalismo Globalizador como para ser optimistas en cuanto al fin del Nihilismo; que pudiera darse una salida de la melancolía, del malestar en la cultura, por parte de un grupo reducido de personas en las que el arte habría operado una modificación de la conciencia, pero que dicha multitud está lejos de ser abundante en el planeta. Y desde luego la respuesta habrá de ser que la propia incredulidad es ya parte de la enfermedad del realismo grosero que es aquél que no cree en lo que no ve.

Ya decía Montaigne, el gran ensayista, al que Lyotard llama “gran postmoderno” tanto por su estilo como por emplear citas de autores antiguos y modernos de manera sincrónica, sin atender al supuesto progreso diacrónico, que si los libros nos quitasen la salud y la alegría habría que abandonarlos; pero eso choca un tanto con esa dureza de la labor filosófica, con la función crítica de la misma que,

según Deleuze, consistiría en "entristecer", en hacer notar lo que no funciona y tratar de operar intervenciones en los circuitos cerebrales. Resulta difícil en nuestro tiempo la puesta en praxis del *Gay saber* y la inclusión de la constructividad y la afirmación de la vida en la labor crítica de la filosofía, cumpliendo así el programa de Nietzsche en la tarea de pensar, pero esa es la tarea.

3. El chantaje del mercado a la Filosofía: circunloquios entorno al "editor gángster" de Lyotard.

Otro punto importante tratado en la Entrevista es como *el tiempo* de la tarea del pensar que no es otra que la de "pensar" como culmina diciendo el filósofo, no puede seguir el tiempo de la industria cultural. No sólo el mercado ("el editor gángster que llama y pre-ocupa al filósofo, sacándolo de la ocupación de pensar") acecha al pensador y dificulta su labor, sino que en una Universidad convertida en industria cultural terminará siendo cada vez más inevitable (y sin embargo no hay otro sitio) para poder llevarla acabo.

La Universidad, una vez convertida en burocracia ha sido luego convertida en empresa por el proceso de mercantilización de todo lo existente, aún más en nuestro tiempo que en el tiempo de la Entrevista y las manifestaciones estudiantiles se han saldado siempre, en el mejor de los casos, con la dimisión de algún Ministro de Educación (y eso en Francia) para que luego su sucesor continuase la política de acoso y derribo de las instituciones de enseñanza (o lo que quedase de ellas, pues ya desde el siglo XIX Nietzsche, en sus disertaciones "Sobre el porvenir de nuestras instituciones de enseñanza" detectaba esa tendencia). La situación precaria de los alumnos de Filosofía cuando acaban la carrera y las dificultades de las generaciones jóvenes de la filosofía actual siguen siendo las mismas, si es que no peores, que en los tiempos de la Entrevista que comentamos: "¡No piense usted, joven, en la Academia está prohibido pensar, prepárese para enseñar Historia de la Filosofía a quienes nada interesa la misma y olvídense de llegar a pensar alguna vez!". "¡Pensar no es para ustedes tampoco, profesores de la Universidad, con ensayistas de vientre rápido nos conformamos, ustedes limitense a que funcione la industria cultural, la empresa universitaria". Y ya sabemos el precio que tiene que pagar, desde el más pequeño hasta el más grande, quien se rebele contra semejantes normativas.

Lyotard se atrevía a decir este secreto a voces: "¡la educación (*paideia*, *Aufklärung*) ha muerto!", se atrevía a pronunciar esas palabras, quizá porque ya debía ser tan grande que no le podían acallar, censurar, no podían impedirle que se ganase la vida dignamente con su labor intelectual, ni cerrarle el paso en las grandes editoriales, ya no podían no mencionarlo en los diarios de opinión ni darle paso en ellos. A los espectros del pensar en las Instituciones Universitarias los llamará Derrida "Universidad sin condición" (¡Cómo cuesta encontrarla!, porque no hay nada de incondicionado y desinteresado, es más, quien así lo entienda -después del feliz periodo de la ingenuidad de estudiante y joven- será tachado de "imbécil" -o tratado como tal- y diagnosticado de "psicótico"), añadiendo el filósofo de la deconstrucción, antes de su muerte, su permanencia como "ineducable" (resistente a la *paideia muerta* y a la *Aufklärung de la meritocracia dineraria*). Y es que resulta que eso de permanecer "ineducable" es cada vez más fácil conforme más se tienen las espaldas más cubiertas y más difícil y arriesgado en proporción inversa. Así, los únicos que tienen en realidad "libertad de expresión" son los que han pasado una barrera mundial, aquellos como Noam Chomsky, como Saramago, pues es el prestigio, una posición económica sólida y la fama mundial lo que hace que José Saramago pueda decir que en Palestina los sionistas actúan como los nazis sin que termine mendigando en la

calle por abrir la boca y decir la verdad y sin que se dejen de editar sus libros por decir la verdad.

Pero ese abrir la boca públicamente constituye un suicidio social para el que se atreva a hacerlo con el rostro desnudo e incluso se castiga, severamente, la enunciación de la verdad; aunque se diga ésta de manera metafórica y disimulada, esforzándose para no atraer a los tiburones. De ahí que incluso grandes catedráticos de universidad no se atrevan a hablar, a utilizar su "libertad de cátedra", ni siquiera en las Aulas (no digamos ya en un diario nacional), por miedo a perder prestigio y la publicidad, por temor a que no les quieran publicar en ciertas editoriales dominadas por ciertos grupos de presión. También por miedo al apremio económico pues en el mundo de las necesidades infinitas, por seguras que sean sus posiciones económicas, no podrán permitirse, una vez subsumidos por la rueda de la máquina de guerra, perder el sobresueldo de unas conferencias; ya que con ellas son con las que ahorran para enviar a sus hijos a Harvard o comprarse la residencia de verano. Hay unos pocos profesores en la Universidad que luchan denodadamente contra fuerzas que les superan por mantener el rescoldo de la *universidad sin condición* y que pueda prenderse fuego alguna vez con él y llevarse incluso esa antorcha olímpica; éstos se apoyan en su manifiesto talento, en su posición pública y trabajan con cautela, asediados por los vendidos tanto como por los ineptos. La lucha es muy desigual, las víctimas, constantes, la lógica de la guerra impera donde sólo debería existir el pensar...

Además, como dijera Pilatos a Cristo: "¿Qué es la verdad?". ¿Pasarán hambre mis hijos a causa de mi fijación por la verdad? ¿Se puede ser tan sumamente inteligente práctico que sosteniendo la verdad frente al sistema dominante no se sufra su represión ni su censura? El escepticismo y esa tarea de debilitamiento de las estructuras fuertes del postestructuralismo y de la hermenéutica vattimiana pueden llevar a concluir (bajo una forma vulgar de entender esa tarea de pensar que es "pensar" según Lyotard, bajo una lectura ciertamente equivocada pero muy publicitada por la modernidad) que no puede uno jugarse su carrera y la salud de sus hijos por unas ideas que, ¿quién sabe?, quizás son falsas, pues como "todo es relativo"... El cinismo del neoliberal neoconservador que se autoconviene del triunfo definitivo del Capital y de su yerro completo anterior es la metafigura del relativista, pues cambia de amo y de collar, según quien triunfe en la batalla, habla, según la coyunda.

Por eso es una obviedad nunca lo suficientemente repetida que debilitar las estructuras fuertes de la Metafísica no quiere decir ser débil o mantener un pensamiento débil, porque hay que ser muy fuerte para hincar el diente en semejantes estructuras o siquiera para resistirlas. El que no mide bien sus fuerzas y se enfrenta a cosas demasiado grandes termina aplastado por lo que le supera. Y claro que el consejo del *viejo topo* marxiano era el de corroer por debajo, sin atraer a los represores, hasta que la cáscara vacía de la estructura cayese echa añicos, como hicieron los cristianos en las catacumbas, pero si hoy nos atrevemos a preguntar: ¿hay catacumbas en algún sitio? ¿Podríamos irnos a vivir allí, en fraternal compañía, para no tener que ser víctimas del mercado? Pero no las hay. ¡Estamos peor que los cristianos bajo la persecución del Imperio! Se ha desintegrado toda comunidad y hay que volver a tejer las redes que con tanto éxito han destruido los Reagan y los Bush.

La pregunta por el afuera y el adentro, fuera de la dialéctica, ya fue respondida por Deleuze: cuando hacemos filosofía, cuando nos dejamos invadir por el pensamiento, por el arte o por el amor, estamos afuera (del Capital, de la Metafísica, de la Mentira), el afuera está aquí y ahora y si millones lo reconociéramos así el mundo entero sufriría una tremenda transformación. Pero la situación es esquizoide porque hay que entrar y salir del poder continuamente, permanecer todo el tiempo afuera, ya hemos visto, que resulta no sólo peligroso, sino suicida, aunque el entrar y salir continuamente también tiene un coste psíquico considerable. Aquí es donde la

defensa de un espacio público habitable, un Estado social y la defensa de una libertad de cátedra real, coinciden, no siéndole contradictoria a la postmodernidad de izquierdas laborar dos grandes lados de lo afirmativo, el socialista y el libertario, el de la igualdad y el de la libertad, unidos, en síntesis disyuntiva, por la fraternidad.